

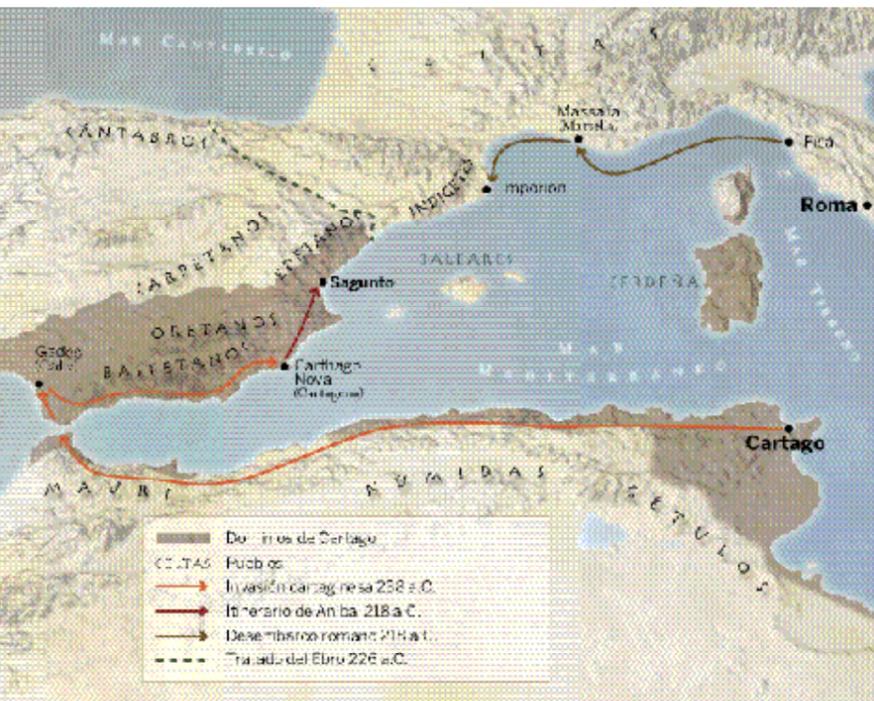
LA CAÍDA DE LA ALIADA DE ROMA

SAGUNTO

En el año 219 a.C., la ciudad de Sagunto fue sometida a un duro asedio por parte del caudillo cartaginés Aníbal, que tomó la ciudad a sangre y fuego. Este hecho se convirtió en el detonante de la segunda guerra púnica

ANTONIO PENADÉS
HISTORIADOR Y ESCRITOR

LA DESTRUCCIÓN DE SAGUNTO
El conocido óleo de Francisco Domingo Marqués, realizado en 1869, muestra a Aníbal (a la derecha, conduciendo un carro) dirigiendo a sus hombres en el asalto final sobre Sagunto. Palacio de la Generalitat, Valencia.



DOS POTENCIAS ENFRENTADAS

El mapa sobre estas líneas recrea el itinerario que siguió Amílcar para invadir la península Ibérica, el de Aníbal para sitiar Sagunto, y el desembarco de Roma en la Península en 218 a.C., año en que empezó la segunda guerra púnica.

La primera guerra púnica (264-241 a.C.), el largo conflicto en el que Roma y Cartago chocaron por primera vez en la pugna por la hegemonía en el Mediterráneo, terminó con la completa derrota de los cartagineses, que no sólo se vieron despojados de sus bases de Sicilia y Cerdeña sino que también debieron pagar una enorme indemnización de guerra. Para resarcirse de esas pérdidas y obtener recursos con los que pagar a los romanos, los Bárcidas, el clan dominante en la capital púnica, volvieron la mirada hacia la península Ibérica y sus ricos recursos mineros. A partir de 237 a.C., Amílcar Barca comenzó la ocupación del territorio y el sometimiento de las poblaciones indígenas, que realizó a veces de forma brutal. El avance cartaginés —dirigido, tras la muerte de Amílcar en una escaramuza, por su hermano Asdrúbal— parecía



BUSTO DE ANÍBAL. MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL, NÁPOLES.

imparable y terminó inquietando a Roma, que también aspiraba a dominar la Península. A principios de 225 a.C., una delegación romana acudió al campamento de Asdrúbal para acordar un reparto de las áreas de influencia, cuyo límite quedaba situado en el río Ebro.

Para consolidar sus conquistas, los cartagineses habían seguido la táctica de establecer pactos con los pueblos indígenas, pero hubo una ciudad ibera que se negó a cualquier transacción. Sagunto (o Arse, su nombre ibero), era un poderoso núcleo de los edetanos, en el extremo de la sierra Calderona, edificada sobre

un promontorio a poco más de un kilómetro del mar y junto a una ruta de acceso al interior de la Península. Aunque estaba en el área de influencia cartaginesa, se alió con Roma; mantenía fructíferas relaciones comerciales con Massalia (Marsella) y Emporion (Ampurias), poblaciones situadas en el ámbito romano. Por otro lado, los saguntinos ambicionaban las minas de hierro de los turboletas, tribu aliada de Cartago que se extendía por la actual provincia de Teruel. Sagunto suponía, pues, un desafío al dominio cartaginés en la parte de la península Ibérica que le había sido asignada por el tratado del Ebro. Esto era algo que Aníbal, hijo

de Amílcar y sucesor de su tío Asdrúbal tras el asesinato de éste por un esclavo a finales de 221 a.C., consideró intolerable. No sólo por tratarse de una violación de los términos del tratado, sino porque sin duda el general cartaginés pensaba ya en su futura expedición a Italia y no quería dejar enemigos en la retaguardia.

Aníbal frente a Sagunto

A mediados de mayo de 219 a.C., Aníbal se internó en territorio saguntino. Tras arrasar los campos adyacentes a la ciudad, se presentó ante sus muros con un ejército de unos 50.000 combatientes, muchos de ellos mercenarios.

LA RUINA DE CARTAGO

Tras la primera guerra púnica, Cartago debía pagar una elevada indemnización a Roma. Por ello se expandió por Hispania, en busca de sus abundantes recursos. Arriba, las termas de Antonino, en Cartago.



EL TRATADO DEL EBRO

ANÍBAL ROMPE EL PACTO

Según el historiador Polibio, «los romanos mandaron legados a Asdrúbal y concluyeron con él un pacto en el que, pasando por alto el resto del territorio hispano, se dispuso que los cartagineses no atravesarían con fines bélicos el río denominado Iber». De este modo Sagunto, situada al sur del Ebro, quedaba oficialmente en el área de influencia de Cartago, aunque suscribió una alianza con Roma por convenir a sus intereses comerciales y porque formaba parte de la política exterior romana pactar con socios estratégicos para desestabilizar al enemigo. Aníbal, por su parte, consideraba un asunto interno su intervención en defensa de los turdetanos, una tribu aliada suya que se veía amenazada por Sagunto, su enemiga ancestral, por lo que no quiso atender a los tardíos llamamientos de las embajadas romanas. Pese a todo, algunos investigadores defienden, también con sólidos argumentos, que el río Iber de la cita de Polibio no es el Ebro, sino el Júcar o el Segura.

CRONOLOGÍA EL FRENT DE LA PENINSULA

237 a.C.

Amílcar Barca desembarca en Gadir (Cádiz) procedente de Cartago y empieza la ocupación de la península Ibérica sometiendo a los pueblos del sur peninsular.

227-225 a.C.

Asdrúbal funda en el levante una capital, Cartago Nova. Los romanos, alarmados por el avance cartaginés, envían una delegación en 225 a.C. a negociar las áreas de influencia respectivas. Se firma el tratado del Ebro.

221-220 a.C.

Aníbal se enfrenta con éxito a los olcades, vacceos y carpetanos. Mientras, la ciudad de Sagunto, situada muy al sur del territorio romano, firma una alianza con Roma desafiando los términos del tratado del Ebro.

219 a.C.

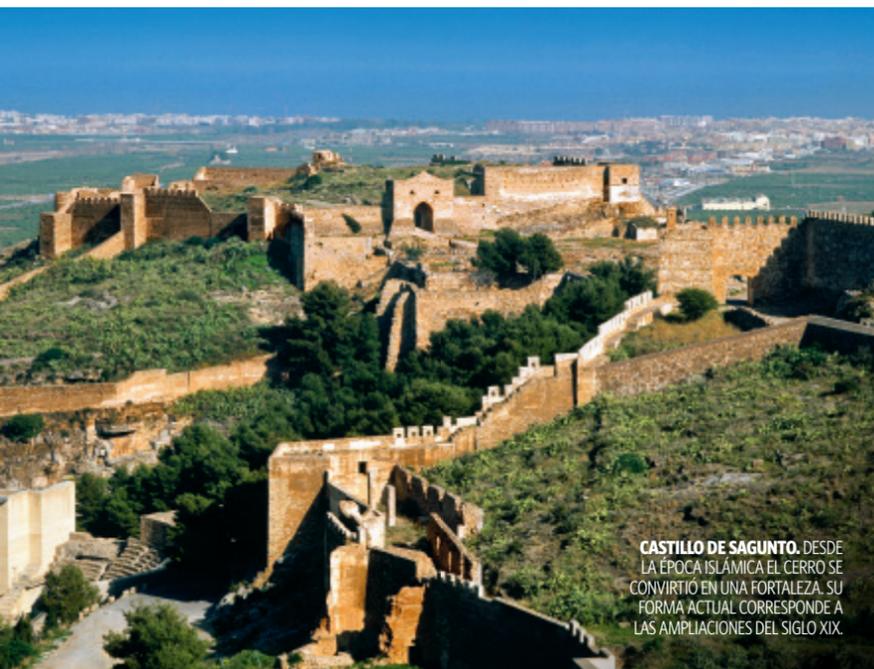
Los cartagineses liderados por Aníbal se internan en territorio de Sagunto y arrasan los campos de cultivo próximos a la ciudad. Con un ejército compuesto por 50.000 hombres, Aníbal sitia Sagunto.

218 a.C.

Los saguntinos piden una ayuda a Roma que nunca llegará. Aníbal somete a la ciudad a un duro asedio y la ataca con sus máquinas de guerra. Cuando consiga tomarla y no mostrará piedad con sus habitantes.



TORO ANDROCÉFALO EN EL REVERSO DE UNA DRACMA DE PLATA DE SAGUNTO. 219 A.C. MAN, MADRID.



CASTILLO DE SAGUNTO. DESDE LA ÉPOCA ISLÁMICA EL CERRO SE CONVIRTIÓ EN UNA FORTALEZA. SU FORMA ACTUAL CORRESPONDE A LAS AMPLIACIONES DEL SIGLO XIX.

LOREM IPSUM

LA TEMIBLE FALCATA DE LOS IBEROS

El ejército cartaginés contaba con soldados iberos mercenarios. Su arma principal, al igual que la de los defensores de Sagunto, era la letal espada corta o falcata, curvada y de doble filo, como ésta de la Almedinilla, Córdoba.



XXXXXX

No pretendía rendirla por hambre, sino tomarla al asalto mediante un ataque simultáneo por tres puntos: la llanura, el río Palancia y el extremo occidental, que era el punto más débil de la fortificación al dar su ángulo a una zona abierta, apta para el manejo de las máquinas de guerra.

Aníbal ordenó aproximar a ese punto los arietes, con sus hombres protegiéndose de los proyectiles enemigos con ayuda de vineas (**parapetos móviles**). Los saguntinos habían reforzado la muralla con una enorme torre y construyendo muros más altos que los del resto del perímetro, lo que dificultaba el acceso pero a la vez restaba estabilidad a la estructura. Los jóvenes saguntinos más destacados se consagraron con determinación a la defensa, usando armas arrojadizas e incluso saliendo y cargando contra las obras de asedio y las vineas romanas.

En uno de estos lances, el propio Aníbal fue herido en un muslo por una jabalina de doble punta. Se retiró y estuvo convaleciente unos días, durante los cuales los saguntinos realizaron incursiones nocturnas en el campamento cartaginés que causaron muchas bajas. La lucha se reanudó con mayor dureza. Los saguntinos se repartieron por todo el perímetro de la muralla, pero se veían incapaces de defenderla toda frente a la embestida de los arietes cartagineses.

Cuando tres torres y el tramo de muro que las unía se vinieron abajo, los cartagineses creyeron que la plaza estaba tomada. Pero al

penetrar por la brecha se encontraron con que los saguntinos habían colocado sus cuerpos, sus escudos y sus lanzas como barrera; según Tito Livio, «ninguno dio un paso atrás por miedo a que el enemigo ocupara el espacio que él dejara libre». Arrojaditos tan de cerca, sus dardos y faláricas (**lanzas ardientes**) provocaron un gran número de muertos y heridos entre los asaltantes. Los defensores rechazaron a los cartagineses hasta los escombros de la muralla y los desalojaron con violencia. Aníbal se vio obligado a ordenar la retirada.

Una ciudad bajo asedio

En los días siguientes al ataque, mientras sus hombres descansaban en el campamento, el general púnico los enardecía prometiéndoles que gran parte del botín sería para ellos si tomaban la ciudad. Mientras, los asediados levantaron un nuevo muro en el tramo derrumbado y se mantuvieron firmes en su posición, confiados en que no tardaría en llegar la ayuda que habían solicitado a sus aliados romanos por medio de emisarios.



LOREM IPSUM

LA CIUDAD RENACIDA

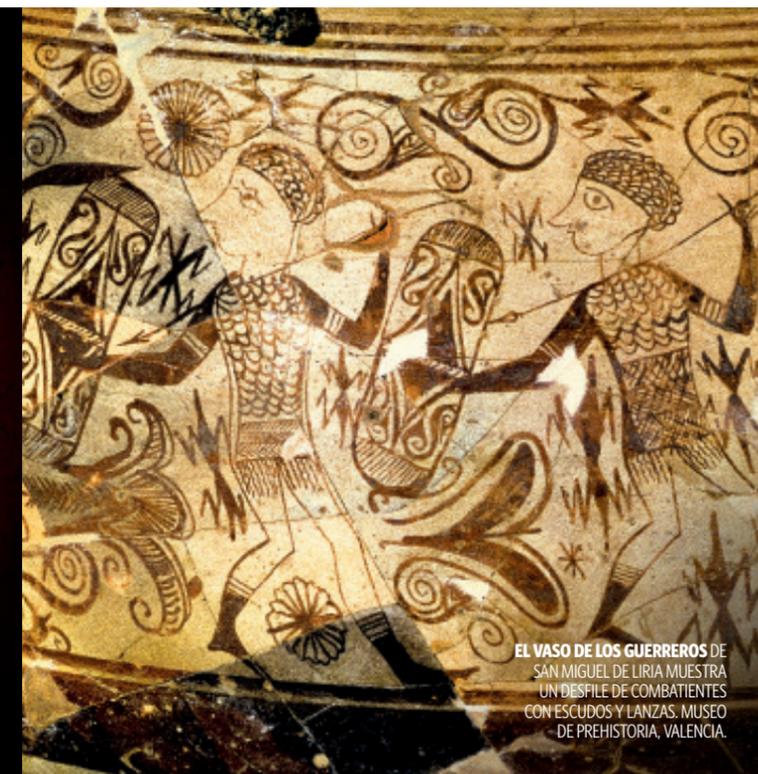
LA SAGUNTO ROMANA

U nos pocos años después del asedio de Aníbal, los saguntinos pudieron volver a su ciudad gracias a Escipión, que la reconquistó para Roma en 212 a.C. Desde entonces la Sagunto ibera emprendió un rápido proceso de romanización que se reflejó en su urbanismo. En una primera fase la ciudad se extendió por las alturas del cerro, donde se construyó un **primer foro** [1], que a mediados del siglo II a.C. se trasladó al llano. Los restos hoy conservados corresponden al **foro** de época de Augusto [2] cuando Sagunto, colonia latina en 55 a.C., se había convertido en un municipio de derecho romano. En el período imperial se erigieron los grandes edificios públicos característicos de toda ciudad romana: un **teatro** [3] con capacidad para unas 6.000 personas, un **circo** [4] de 354 metros de largo por 73 de ancho, con aforo para 20.000 personas, y un **anfiteatro** [5]. También se erigió un **punto** [6] que cruzaba el río Palancia y conectaba la ciudad con la vía Augusta.

LAS ARMAS DE LOS SAGUNTINOS

LANZAS INCENDIARIAS

Las principales armas que emplearon los saguntinos durante el sitio de 218 a.C. fueron las jabalinas de doble punta y las **falcatas**, espadas cortas de doble filo y forma irregular. Los arcos y las flechas eran poco usados en el mundo ibérico. En los momentos clave los saguntinos utilizaron un arma novedosa llamada **falárica**, una fina lanza de unos tres pies de largo coronada con puntas de hierro que se forraba de estopa y se impregnaba de pez y azufre negro. Antes de lanzarla se le prendía fuego, a fin de aterrorizar a los enemigos al clavarse en sus escudos; éstos, para no quemarse, tenían que despojarse de sus armas y huir, momento en que se volvían vulnerables ante el siguiente ataque.



EL VASO DE LOS GUERREROS DE SAN MIGUEL DE LIRIA MUESTRA UN DESFILE DE COMBATIENTES CON ESCUDOS Y LANZAS. MUSEO DE PREHISTORIA, VALENCIA.

LOREM IPSUM



ANÍBAL LLEVA LA GUERRA A ITALIA

Tras destruir Sagunto, Aníbal dejó a su hermano Asdrúbal en Hispania y al frente de un gran ejército, entre el que se contaban 37 elefantes, realizó la épica travesía de los Alpes que muestra el fresco de Ripinada sobre estas líneas. 1513. Museos Capitolinos, Roma.

Concluida la tregua, Aníbal ordenó acercar a la muralla una gran torre móvil desde la que los cartagineses disparaban flechas, dardos y lanzas. A la vez, un cuerpo de zapadores formado por quinientos africanos socavaba con zapapicos la base de la muralla. Nuevos desmoronamientos permitieron la entrada de los cartagineses, que ocuparon una posición elevada. Allí erigieron un muro para crear un fortín defendido con ballestas y pequeñas catapultas.

Por su parte, los saguntinos levantaron con los escombros un muro interior para proteger la zona no ocupada, cada vez más reducida. Allí resistieron en medio de una escasez creciente de alimentos y de agua, hasta el punto de que, según Silio Itálico, se vieron obligados a comer el cuero de sus escudos y cortezas de árboles. Aníbal se ausentó para realizar una rápida expedición contra los oretanos y carpetanos, y cedió la dirección del asedio a su lugarteniente Maharbal, que libró con éxito algunos combates y derribó nuevos tramos de muralla.

ESTA ESCULTURA DE AGUSTÍN QUEROL Y SUBIRATS (1886) RECREA EL TRÁGICO SUICIDIO DE UNA MUJER SAGUNTINA QUE HA MATADO A SU PROPIO HIJO PARA IMPEDIR QUE CAIGA EN MANOS DE ANÍBAL.



A su vuelta, Aníbal decidió enviar a Sagunto a un soldado llamado Alorco, de origen ibero y que había sido huésped de los saguntinos, con una propuesta de paz. Tras entregar su arma a los centinelas, Alorco pidió que lo llevaran ante su jefe. En medio de una gran aglomeración y ante los miembros del **consejo de la ciudad**, explicó los términos de la oferta del general cartaginés. Debían abandonar Sagunto y entregar todo el oro y la plata que poseyeran el municipio y los particulares. A cambio, conservarían la vida y podrían edificar una nueva ciudad en la llanura. «Aunque duro y amargo —declaró Alorco—, esto es lo que os aconseja vuestra situación. Yo, la verdad, abrigo alguna esperanza de que, cuando lo hayáis entregado todo, Aníbal rebajará algo estas condiciones; pero creo que es preferible soportarlas a dejar que vuestros cuerpos sean destrozados y vuestras mujeres e hijos arrebatados según el derecho de guerra».

Sin dar tiempo al pueblo a debatir la propuesta, los ciudadanos principales decidieron responder con los hechos. Se reunieron en el



foro con una gran cantidad de oro y plata, y, en vez de entregarlo al invasor, lo arrojaron a una hoguera junto con los objetos valiosos, prendas, joyas y vasos sagrados de los templos. Para que todo quedara totalmente fundido, lanzaron también al fuego plomo y bronce. Justo en ese momento se oyó un enorme estruendo: una torre se vino abajo por la acción conjunta de los arietes y los zapadores cartagineses, dejando paso a una cohorte que envió a su general la señal de que la ciudad estaba desguarnecida. Aníbal atacó con todos sus efectivos y en pocos instantes irrumpió en Sagunto.

Matanza y destrucción

A la entrada de los cartagineses en la ciudad le siguió una terrible masacre. Sabedores de que los asaltantes tenían la consigna de matar a todos los hombres en edad militar, una parte de los saguntinos se retiraron con sus familias a sus casas, les prendieron fuego y se mantuvieron encerrados hasta que los techos se desplomaron sobre ellos. Los demás cargaron contra los asaltantes y combatieron a muerte hasta

el final. Al mismo tiempo, algunas mujeres se despeñaban desde las murallas después de haber matado a sus hijos. Aun así, los cartagineses lograron capturar a un buen número de mujeres y niños para venderlos como esclavos y amasar así un botín considerable; Aníbal repartió una parte entre sus hombres, según sus méritos, y envió el resto a Cartago.

Tomada Sagunto, el ejército cartaginés se retiró a Cartago Nova para invernar, mientras los mercenarios iberos volvían a sus poblados. Pero el descanso duró poco. En la primavera siguiente todos se pusieron de nuevo a las órdenes de Aníbal, que emprendía la marcha hacia los Pirineos y desde allí hacia Italia, dispuesto a cumplir su promesa de vengarse de Roma. ■

Para saber más

ENSAYO
Sagunto: oppidum, emporio y municipio romano
Carmen Aranegui. Bellaterra, Barcelona, 2004.

TEXTO
Guerras de Aníbal
Polibio. Gredos, Madrid, 2011.

NOVELA
Africanus, el hijo del cónsul
S. Posteguillo. Zeta Bolsillo, Madrid, 2014.

MORIR CON HONOR

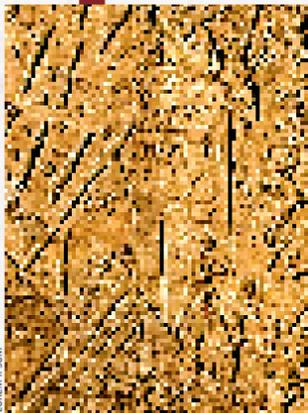
LOS HÉROES DE SAGUNTO

En la memoria histórica española, **Sagunto** y Numancia son ejemplo del sacrificio del pueblo frente a un conquistador extranjero y así fueron evocadas por numerosos poetas, dramaturgos y novelistas. En la guerra de Independencia, por ejemplo, Alberto Lista escribió una *Oda a las ruinas de Sagunto* que empezaba: «Salve, oh alcázar de Edetania firme, / ejemplo al mundo de constancia ibera, / en tus ruinas grandiosa siempre, / noble Sagunto». El caso saguntino, sin embargo, tenía una desventaja, pues se trataba de una ciudad aliada con una potencia extranjera, Roma, justo la que había aplastado a **Numancia**. La solución consistió en reprochar a los romanos la tardanza en auxiliarlos, como hacía Feijoo en el siglo XVIII: «La porfiada resistencia de ocho meses a 150.000 combatientes acreditó tanto su constancia, su valor y su fineza por los romanos, como llenó a éstos de oprobio por la fría lentitud o, por mejor decir, total omisión en socorrer a tan generosos aliados».

EL TEATRO DE SAGUNTO

Usado largo tiempo como instalación militar, el teatro llegó al siglo XX muy deteriorado. En los años noventa se hizo una polémica restauración, en la que se añadió un nuevo graderío de cemento y se reconstruyó el *scenae frons* (frente escénico).

MAESTROS EN EL ARTE DEL ASEDIO



TORRE MÓVIL ASIRIA EN EL SITIO DE LAQUISH POR SENAQUERIB. MUSEO BRITÁNICO.

Los cartagineses eran auténticos especialistas en la guerra de asedio, en la que aplicaban tácticas y maquinarias desarrolladas por sus antepasados fenicios, quienes a su vez las habían copiado del temible ejército asirio. Los cronistas antiguos especifican las diversas armas y técnicas de asedio que Aníbal y sus hombres emplearon contra la ciudadela ibera de Sagunto.

1 Torre de asalto

Las torres móviles, de forma cuadrada, se componían de varios pisos unidos por una escalera interior. Desde la cima se tendía una pasarela por la que se realizaba el asalto.

2 Ariete

Se empleaba contra puertas y murallas. Aunque no lo inventaron propiamente los púnicos, fueron ellos quienes lo introdujeron en el ámbito del Mediterráneo.

3 Ballesta gigante

De origen griego, esta máquina de guerra (*polintonon*) podía disparar de una sola vez diversos proyectiles largos y afilados a una gran distancia.

4 Vineas

Parapetos que protegían de los proyectiles enemigos a los soldados que se acercaban a la muralla con arietes u otros ingenios de guerra, o para realizar labores de minado.

5 Circunvalación

No está claro si los cartagineses usaron esta técnica, que consistía en rodear la muralla sitiada con un sólido vallado compuesto por grandes estacas de madera.

6 Tropas de Cartago

El ejército cartaginés era variopinto y estaba formado por tropas de diferentes pueblos, casi todas mercenarias y cada una de ellas con su armamento característico.



ANÍBAL SITIA SAGUNTO EN EL AÑO 219 A.C. GRABADO DE HISTORIA DE LOS CARTAGINESES.